

Desy
Icardi

**LA BIBLIOTECA
DE LOS SUSURROS**

Traducido del italiano por Xavier González Rovira

Título original: *La biblioteca dei sussurri*

Publicado por acuerdo con Loredana Rotundo Literary Agency.

Questo libro è stato tradotto grazie a un contributo del Ministero degli Affari Esteri e della Cooperazione italiano

Este libro ha sido traducido gracias a la Ayuda a la traducción del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Cooperación italiano

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2021 Fazi Editore srl

© de la traducción: Xavier González Rovira, 2022

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-982-7

Depósito legal: M. 19.294-2022

Printed in Spain

Llamadme en voz alta.

Hace unos años —pronto os diré cuántos—, sin apenas poder expresar mi opinión y sin nadie que se pusiera de mi parte, me vi obligada a abandonar mi casa.

Llamadme en voz alta, repito, no susurrando discretamente. Haced que el sonido de vuestra voz me sobresalte. Gritad: «¡Dora!». Y, si no me doy la vuelta, llamadme Dorina o, mejor aún, Dorina de las Corrientes de Aire, como llamaban a mi tía abuela en la época de la historia que quiero contaros.

Capítulo 1

Mi casa parecía una casa de campo, aunque se encontraba en la ciudad, a un par de kilómetros del centro de Turín. Estaba rodeada por una pequeña extensión de césped y por altos edificios cada vez más numerosos y cercanos que con el tiempo acabaron por asfixiarla.

Pero en 1971, cuando yo tenía seis años, en mi casa aún se respiraba el olor fresco de la hierba y el aroma salitroso del río Dora, que discurría por la parte de atrás, a veces tranquilo y transparente, otras impetuoso y turbio.

Para quienes la veían desde el exterior, la casa sobre el Dora podía parecer descuidada y un tanto destartada; la menuda extensión de césped que tenía delante (al que en la familia llamábamos nuestro «jardín» con gran optimismo) estaba salpicada de macetas vacías o llenas de malas hierbas y, en medio de aquel pequeño descampado, se alzaba una esbelta fuente con un Baco burlón que escupía chorros de agua por su boca desdentada, pero solo cuando estaba de buen humor.

En la parte trasera de la casa había un pequeño huerto, aún más abandonado que el jardín, de cuyo cuidado cada miembro de la familia, por turnos, intentó encargarse para luego abandonarlo a su suerte.

—¡Me voy al huerto!

Cuando uno de nosotros decía esa frase, no significaba que tuviera el propósito de arrancar la maleza que asediaba la pequeña achi-

coria plantada hacía unos años, que seguía apareciendo, año tras año, cada vez más asilvestrada, sino que deseaba estar un rato a solas, escuchando el inmutable murmullo del Dora, esperando que el fluir del agua verde se llevara consigo sus preocupaciones, mientras las sábanas tendidas se hinchaban con cada soplo de viento, como pequeños veleros listos para zarpar.

Si el exterior de nuestra casa se hallaba en un estado de semiabandono, el interior era limpio y, a su manera, ordenado: los viejos suelos con dibujos geométricos brillaban de cera, las gruesas cortinas almidonadas olían a jabón de Marsella y las paredes estaban animadas por decenas de cuadros baratos que representaban una gran variedad de temas, desde bodegones hasta animales mitológicos, pasando por santos en éxtasis.

Al igual que los cuadros, los muebles eran numerosos —digamos que excesivos— y, además, diferentes unos de otros. Cada uno de ellos había llegado a nuestros aposentos recorriendo caminos laberínticos: herencias, regalos o compras compulsivas en un mercadillo. Lo sorprendente es que cada nuevo mueble o utensilio que entraba en nuestra casa encontraba su lugar de manera natural, armonizándose con el resto del mobiliario sin que fuera necesario tirar nada para hacerle sitio. Lo que entraba por nuestra puerta se quedaba allí de manera permanente, porque la casa sobre el Dora era un hogar extraordinariamente acogedor, tanto con los objetos como con las personas.

Con sus muebles destartalados y los cachivaches que la invadían, la casa no tenía nada especial de verdad, salvo un detalle que a muchos les puede parecer un defecto, pero que nosotros, como familia, valorábamos mucho: el ruido.

El ruido del que hablo no era un factor exógeno, como el rugido de los coches o el chirrido de los tranvías de la calle, sino que brotaba de las mismas habitaciones y era alimentado por los que vivía-

mos allí, siempre atentos a que no se apagara nunca, igual que la llama de la última vela durante una tormenta que nos haya dejado sin electricidad.

Éramos personas corrientes, que hacíamos cosas corrientes en la casa sobre el Dora, pero lo que ocurría es que las hacíamos con el mayor estruendo posible: dábamos portazos, nos lanzábamos por las escaleras haciendo retumbar cada peldaño, arrastrábamos las sillas por el suelo, forzándolas así a gemir, y nos llamábamos unos a otros gritando de habitación en habitación, como si nos separara una distancia infinita. Incluso la tía Maddalena, que tenía el corazón débil y permanecía postrada en la cama desde antes de que yo naciera, agitaba sus medicinas haciendo tintinear la cucharilla en el vaso de cristal hasta producir el toque de un cerro.

Me pregunté muchas veces por qué hacíamos tantísimo ruido. Tal vez la extensión de césped que rodeaba la casa y el constante borboteo del río nos llevaban a pensar que, como no íbamos a molestar a nadie, podíamos darnos el gusto de recrearnos en aquel desenfrenado alboroto; o tal vez montar aquel barullo de nuestras voces desenfrenadas y nuestros gestos descuidados nos recordaba que estábamos vivos y que estar en el mundo, en resumidas cuentas, era algo agradable.

Sí, al pensarlo ahora, debía de ser precisamente por esta segunda razón por la que todos alimentábamos constantemente el ruido en casa; todos menos mi primo Fulvio.

Fulvio asistía a la Escuela de Magisterio, tenía los ojos verdes como el agua del Dora y se movía en nuestro alboroto con pasos ligeros y descoyuntados, como si tuviera una extraña consideración con respecto al suelo. A pesar de su índole silenciosa, a Fulvio no le molestaba nuestro estruendo, al contrario, le encantaba y lo buscaba porque, según decía, le mantenía alegre.

Con todo su alboroto, de hecho, nuestra casa era innegablemente alegre, y eso a pesar de que la muerte entraba y salía de ella a su antojo.

A veces se presentaba de repente, como esas visitas inoportunas que aparecen justo a la hora del almuerzo, y quien está en casa se preguntaba si debía apagar el fuego que ardía bajo las sartenes o añadir un plato a la mesa; en otras ocasiones, se colaba con prudente discreción, sentándose en un rincón del sofá a esperar con el aire sereno de una anciana que aguarda su turno en el médico. Aquel de nosotros que percibía su presencia hacía como si no estuviera y seguía con su vida, abandonándose a la algarabía de siempre con la esperanza de que, al sentirse ignorada, tarde o temprano se marchara. A veces nuestra estrategia funcionaba, pero no siempre teníamos tanta suerte y, en un par de ocasiones, la muerte consiguió terminar el trabajo para el que se había presentado; entonces la casa sobre el Dora se sumía en un silencio denso y antinatural.

Fue cuando la muerte se familiarizó con nuestra casa y el silencio de las habitaciones se hizo irreversiblemente pesado cuando nos vimos obligados a abandonarla.

Capítulo 2

En la casa sobre el Dora vivíamos siete personas, sin contar los numerosos gatitos que Stèila, nuestra gata atigrada, daba a luz de seis en seis con cadencia semestral. Además de mis padres y de mí, estaban en casa mi tía Maddalena con Bruno, su marido, y su hijo Fulvio, y, por último, la más importante de todas: la tía abuela Dorina.

Ella era la propietaria de la casa, mientras que los demás éramos sus invitados, condición que tuvo la delicadeza de no dejar que nos pesara nunca.

Ella y la casa sobre el Dora eran una misma cosa; la tía abuela no salía de ella más que unas horas, excepto el primer domingo de cada mes, cuando se acicalaba y después de la misa se iba a visitar a unos cuñados suyos que vivían en la ciudad, para pasar allí todo el día. Durante esas horas sin ella, el viejo mobiliario de la casa crujía más de lo habitual, casi como si llorara su prolongada ausencia.

La tía abuela era una mujer de baja estatura, pero con un andar tan orgulloso que parecía al menos un palmo más alta; tenía un rostro rollizo y juvenil que hacía imposible adivinar su edad, y llevaba zapatillas todo el año, dentro y fuera de casa, porque, sostenía, los pies deben sentirse libres, pues, de lo contrario, contagian su sentimiento de reclusión a toda la persona. Muchos enfados, estados depresivos y asperezas de carácter, según la tía abuela Dorina, se debían a un abuso de zapatos cerrados tanto en la parte trasera como en la delantera del pie.

—Fijaos —nos repetía para corroborar su tesis—. ¿Habéis visto alguna vez en las noticias de televisión a un asesino con sandalias? ¡No! ¡Quienes calzan sandalias no tienen instintos asesinos!

El calzado que llevaba no tenía suela de goma ni de paño, sino rigurosamente de madera, lo que convertía su andar en un perpetuo solo de castañuelas.

La tía abuela Dorina era, en definitiva, nuestra fuente suprema de sabiduría y también de ruido, no solo por el constante repiqueo de sus suelas de madera, sino también por sus oídos, que el tiempo había vuelto tan duros que ella y todos sus interlocutores se veían obligados a hablar más alto de lo que normalmente sería necesario.

A pesar de su semisordera, la tía abuela era capaz de oír sonidos que la mayoría de la gente no percibía. En el pueblo de Monferrato, donde nació y vivió hasta el día de su boda, la tía abuela era conocida como Dorina de las Corrientes de Aire y así siguieron llamándola también en nuestro barrio y en todos los rincones de Turín donde manifestó sus singulares capacidades de audición.

La tía abuela y el tío abuelo se habían conocido en el pueblo de ella durante la fiesta de la vendimia; él era un forastero de Turín que había ido a tomar unas copas con sus amigos, ella desfilaba sobre un carro alegórico vestida con el traje tradicional.

—Si te gusta y parece un buen chico, no lo dejes escapar —le sugirió su madre cuando se dio cuenta de que el forastero la cortejaba—. Aquí, en el pueblo, nadie va a quererte, y no porque seas fea, estúpida ni enfermiza, porque, gracias a Dios, eres guapa, lista y rebosas salud, sino porque eres Dorina de las Corrientes de Aire. Vendrán a buscarte cuando el caballo se ponga enfermo de repente o cuando oigan pasos en el desván, pero nunca pedirán tu mano, como le ocurrió a tu tía y antes a tu tía abuela, que oían lo que tú oyes.

A la tía abuela le gustaba aquel muchacho, así que le hizo caso a su madre y se casó con él a todo correr, antes de que llegaran a sus oídos rumores sobre ella. Se casaron en 1915 y su matrimonio fue

bastante breve. Apenas tuvieron tiempo de instalarse en la casa sobre el Dora cuando el tío abuelo fue llamado al frente. Sin embargo, la tía abuela no enviudó a causa de la Gran Guerra; su marido no murió en las trincheras, sino unos meses después de su regreso, en un accidente en la fábrica donde acababa de encontrar trabajo.

No sé nada de mi tío abuelo, ni siquiera su nombre de pila; la única huella que tengo de él en mis recuerdos es una fotografía en la que aparece con uniforme de *bersagliere*, plantado delante de un jardín pintado en un telón, con un rostro imberbe y gesto algo asustado, parecido al de muchos otros jóvenes soldados de aquellos años, a los que es tan fácil imaginar muertos en combate como difícil suponer que a su vez mataran a alguien.

Tras la muerte de su marido, la tía abuela Dorina vivió en la casa sobre el Dora, manteniéndose con su pensión de viudedad y dedicándose a lo que consideraba su misión: limpiar las que ella llamaba las «casas quejumbrosas», es decir, los aposentos que retenían entre sus paredes remordimientos, sentimientos de culpa, angustias y otras tristezas.

Ella, y sus antepasadas antes que ella, llamaban a esas molestias metafísicas con el nombre familiar y tranquilizador de «Corrientes de Aire».

¡Ay de quien intentara definir las con términos más rimbombantes o terroríficos como «fantasmas», «espectros» o «presencias»! Si alguien lo hacía, la tía abuela montaba en cólera porque esos términos eran, en su opinión, tan inapropiados como funestos.

—No hay que hablar de lo que no se sabe y mucho menos de lo que es mejor no saber.

Si alguien con ganas de charlar intentaba profundizar en el tema, ella lo liquidaba de la siguiente manera:

—Imagínese que está usted solo, ocupándose de sus cosas, y oye que lo llaman por su nombre. ¿Qué haría usted?

—Contestaría.

—¡Ellos también!

La tía abuela consideraba esa extraña actividad suya un trabajo, aunque nunca aceptaba nada a cambio de sus servicios, salvo, a veces, una lata de café o una caja de galletas.

Periódicamente llamaban a la puerta preguntando por Dorina de las Corrientes de Aire. Todos estos visitantes se parecían un poco: hablaban en voz baja, mantenían la vista sobre la punta de los zapatos y tenían la postura tensa de quien está dispuesto a batirse en retirada a la primera señal de peligro. La tía abuela los hacía pasar entonces al salón y los tranquilizaba con algún cumplido.

—¿Quién le envía? —preguntaba en el tono estentóreo de su incipiente sordera—. Ah, ¿sí? ¿Y cómo está? Ah, qué bien, ¡cuánto me alegro!

A veces me quedaba en un sillón y asistía a esas conversaciones, meciendo los pies, que aún no tocaban el suelo, mientras los invitados permanecían sentados en el borde del sofá con los nervios a flor de piel, a veces ignorándome, a veces lanzándome miradas de apuro.

—No se preocupe por la pequeña Dora. Sí, sus padres quisieron que se llamara como yo —explicaba con orgullo—. Ya era sabia incluso antes de nacer. De hecho, tiene la belleza de su tía Maddalena y la inteligencia de su madre.

La tía abuela exageraba en sus alabanzas, si bien era cierto que tenía la misma tez diáfana que la tía Maddalena, el pelo rubio claro y los ojos aguamarina idénticos a los suyos, pero mis ordinarios rasgos no podían competir con sus facciones de muñeca; en cuanto a la inteligencia que supuestamente había heredado de mi madre, era, sí, una niña despierta, pero no poseía ni la intuición ni el sentido práctico que le habían permitido a ella darle un giro a su vida cuando esta parecía tomar otro rumbo.

—La pequeña también ha heredado algo de mí —añadía la tía abuela si su interlocutor parecía seguir inquieto por mi presencia—. Es alguien que oye —especificaba, dando al verbo «oír» un tono insinuante—. Cuénteme sin problemas lo que tenga que decirme, por-

que mi sobrina sabe casi tanto como yo de ciertos asuntos. Eso es algo con lo que se nace y que hay que aceptar, un poco como la estatura o la forma de la nariz. ¿Le apetece un café? —Cambaba de tema cuando su interlocutor no era capaz de relajarse—. Dora, ve a decirle a tu madre que nos lo prepare, por favor.

Así la tía abuela se libraba de mí cuando mi presencia incomodaba demasiado a alguna de sus visitas, pero, de todas formas, yo lo grababa escuchar, gracias a la potente voz con la que la tía abuela repetía, frase por frase, lo que le contaban, con la excusa de asegurarse de haber entendido bien todo cuanto le confiaban, por no tener el oído muy fino... Yo sabía, no obstante, que lo hacía principalmente para que yo no me perdiera ni una sílaba de sus conversaciones con los habitantes de las casas quejumbrosas.

—Así que puso la cafetera en el fuego —repetía a todo volumen— y, cuando oyó hervir el café y regresó a la cocina, ¿la cafetera ya estaba en la mesa? Ya entiendo...

La tía abuela siempre entendía, nunca se sorprendía de las cosas extrañas que le contaban, y su actitud imperturbable tranquilizaba a aquella pobre gente aterrorizada.

Cuando no me echaban y escuchaba las historias en las voces de los propios interesados, el asunto se volvía incluso mucho más intrigante; algunos susurraban como si tuvieran miedo a que alguien estuviera espiándolos, otros soltaban su historia de un tirón como si se deshicieran de un fardo demasiado pesado y había otros que con un largo y enrevesado preámbulo pretendían declararse cuerdos. Sin embargo, si alguien llegaba a jurar sobre la veracidad de sus palabras, la tía abuela se ponía furiosa.

—¡No jure! —reprendía a su interlocutor—. Los juramentos son peligrosos. No jure por sus seres queridos ni mucho menos por el Cielo, pero, sobre todo, ¡nunca jure por sí mismo! Tal vez por sus seres queridos el Cielo podría tener la bondad de liberarlo del juramento, pero, si jura por sí mismo, ¿quién podría liberar ese juramento? ¡Ese será un vínculo indisoluble!

—¿Son ciertas las cosas que dicen esas personas? —le pregunté una vez.

—Casi nunca lo son —dijo encogiéndose de hombros—. Son escasas las ocasiones en que esa gente vive en realidad en casas quejumbrosas; la mayoría de las veces sus casas están perfectamente y son ellos quienes se quejan.

—Entonces, ¿te están contando mentiras!

—Sí, pero sin darse cuenta. Se dejan sugestionar por remordimientos, rencores, miedos que nunca afrontaron y otras porquerías que anidan en sus almas. Cuando me doy cuenta de que las tuyas son solo feas fantasías, me limito a pedirles tareas sencillas e inofensivas, como poner una ramita de salvia en el alféizar o esconder piedrecitas en los cajones. A veces coso para ellos esos pequeños saquitos de tela que tú me ayudas a rellenar con sal y les explico que son poderosos talismanes.

—Pero si en sus casas no hay corrientes de aire, ¿por qué no se lo dices y ya está?

—Porque las cosas que no existen —sonrió— pueden dar más miedo que las reales.